

tambalea el juicio del editor. El estudio que Branciforti nos anuncia sobre el *Libro de Job* quizá demuestre más definitivamente que las coincidencias son sólo puntos comunes ocasionales.

En contraste con los otros dos textos, las *Flores* no tienen otra intención que la de extractar y recalcar en un florilegio una serie de pensamientos definidos, bien enmarcados, fáciles de grabarse en la memoria. De ahí su carácter sentencioso. Las *Flores* son una obra de vulgarización. "Questa condizione —dice Branciforti (p. xli)— è permanente in tutto il trattato, e pur toccando i due limiti massimi, appunto come direzioni divergenti nei due sensi (uno stilizzato nella formula chiusa e perfetta del proverbio e l'altro articolato nel cerchio preciso d'un breve sillogismo), costituisce tuttavia il richiamo unitario che accomuna, in fondo esclusivamente, l'accostamento delle sentenze". El Canciller no traduce, como en los *Morales*, sino que, rompiendo los períodos originales, sintetiza, alarga, interroga, contrapone. Como muestra de esta prosa ágil ofrece Branciforti varios textos como el siguiente:

*Mor.*, IX, lxii, 93

*Flores*

Dolor meus ante me est semper,	¿Cómo pensaré nin demostraré el
quoniam iniquitatem meam ego promitio, et cogitabo pro peccato meo.	mi pecado, ca el mi dolor contra mí es syempre?

[Cf. Ps. 37:18].

Estas estructuras lógicas individualizadas, aun teniendo "una cadenza particolare pedagogica e catechistica", poseen ritmo y espontaneidad.

A juzgar por el esmero con que se registran las variantes y con que se anota el texto, podemos suponer que en éste no hay malas lecturas. El Glosario, sin embargo, carece de valor filológico, aunque podrá ser útil para los estudiantes.

Tenemos así, gracias al hispanista italiano, completo el conjunto de la obra de López de Ayala. Los textos que él ha sacado a la luz revelan una honda preocupación religiosa en el Canciller, una preocupación creciente que lo lleva a volver una y otra vez a la lectura reposada de las máximas morales, y a su divulgación después. Los estudios que en adelante se hagan sobre la figura del Canciller no podrán desconocer estos hechos, y nos darán, al fin, una visión del verdadero López de Ayala.

HUMBERTO LÓPEZ-MORALES

The University of Texas.

FRANCISCO MÁRQUEZ VILLANUEVA, *Investigaciones sobre Juan Álvarez Gato. Contribución al conocimiento de la literatura castellana del siglo xv*. Real Academia Española, Madrid, 1960; 500 pp. (Anejo 4 del *BRAE*).

Juan Álvarez Gato ha encontrado al fin el investigador que lo estudie en todas sus facetas, a cual más interesante cada una de ellas, y desde todos los puntos posibles de vista o, por lo menos, desde muy variados puntos de vista.

Cuando en 1928 publiqué yo mi modesto estudio y edición de las obras de Álvarez Gato en la colección de *Clásicos olvidados*, edición que algunos —no yo— llamaron “crítica”, Enrique Díez-Canedo, en una reseña, me reprochó cariñosamente (no en vano era entonces mi compañero de redacción en *El Sol* de Madrid) que no veía cómo podía considerarse “olvidado” un poeta cuyas obras estaban magistralmente estudiadas por Menéndez Pelayo, editadas con estudio preliminar de Emilio Cotarelo (1901) y recogidas en el volumen primero del *Cancionero castellano del siglo xv*, ordenado por Foulché-Delbosc (en la *NBAE*).

Yo hice un esfuerzo, esfuerzo de juventud y lleno de defectos de principiante, para sacar a Álvarez Gato de un olvido en que se me antojaba seguía aún, a pesar de todos los estudios limitados que de él había, y he de confesar que todavía quedaron muchos cabos por atar y muchísimas cosas que sacar del olvido. Dos muy importantes eran: completar la biografía del poeta madrileño, que yo apenas pude avanzar unos pasos más allá de los no muy firmes dados hasta entonces, y una evaluación sería de sus poesías, así como un juicio definitivo acerca de su prosa, prosa que fui yo —permítaseme enorgullecerme un poquito de ello— quien dio a conocer por primera vez.

La obra que comento es una prueba palpable de lo limitado de mi estudio de 1928. Márquez Villanueva no sólo llena de manera cabal las lagunas que a mí se me quedaron por llenar, sino que estudia numerosos aspectos de Álvarez Gato que yo pasé por alto o no tuve tiempo ni medios de estudiar entonces. Pero, si mi aportación al estudio del poeta no hubiera tenido más resultado que el haber estimulado la aparición de este libro de ahora, no perdí el tiempo.

El libro está dividido en las siguientes partes, de las que no me atrevería yo a decir cuál es más interesante y está mejor acabada:

I. *Datos biográficos*. Aquí el autor, que deja (como dejé yo) incierto el año del nacimiento de Álvarez Gato, alarga aún más de lo que yo logré hacer su vida, retrasando un poco el año, o mejor dicho los días, de su muerte. Yo di con prueba documental de que todavía vivía el poeta en 1510, con lo que destruí la creencia tradicional de que, habiendo muerto bien dentro del siglo xv, pertenecía de lleno a la época de Juan II (1419-1454). Márquez Villanueva dio con documentos también, y desarrolla un razonamiento convincente de que murió entre abril de 1510 y primero de enero de 1512.

II. *El converso Juan Álvarez Gato*. En este capítulo sucumbe Márquez Villanueva —se me antoja a mí— a la tentación y tendencia, bastante extendida ahora entre algunos estudiosos de la literatura española de los siglos xv y xvi, a encontrar judíos conversos en todos los rincones de nuestra historia. Tropezamos con ellos al doblar cada recodo en los más extraños vericuetos de la investigación histórico-literaria. Yo me atrevería a decir que este capítulo es el más flojo del libro dentro del marco de los conocimientos que poseemos: hay muchos “tiene que ser”, “tenemos la sospecha de que Gato haya sido empleado en ciertas ocasiones como sinónimo de converso” (p. 31), “sospechamos”, etc. Sin embargo, si no convence del todo por falta de base más sólida, hay que reconocer que el razonamiento está bien organizado.

III. *Una generación de conversos* es un capítulo tangencial, obligado por el que le precede, y que nada o muy poco se refiere a Álvarez Gato. Trata de Fernán Álvarez de Toledo y sus numerosos cargos públicos, y de otras personalidades que vivieron en el mundo político de los Reyes Católicos. En el razonamiento del autor, Álvarez de Toledo sería judío, como lo serían otros miembros de la familia, entre ellos los médicos Fernán Álvarez de la Reina y Juan de la Parra.

IV. *Fray Hernando de Talavera* es una muestra de la solidez de la investigación que distingue el libro todo. La activa personalidad del fraile jerónimo está estudiada larga y minuciosamente y con profusión impresionante de documentos. Márquez Villanueva llega aquí también a la conclusión de que el primer obispo de Granada liberada —si está establecido que fray Hernando fue obispo de Ávila en 1486 (p. 129), no pudo ser Granada su primera mitra (p. 115)— fue judío converso; y no sólo esto, sino un verdadero precursor de los erasmistas españoles (p. 124). Hay en esta parte del capítulo muchos indicios tomados como base de argumentos que llevan conclusiones, si no definitivas, sí firmemente establecidas. Al comienzo menciona el propio autor “lo mucho que hay que decir, calibrar y aun *suponer* en relación con fray Hernando de Talavera...” (p. 105), lo que es una buena prueba de lo justificado de mi opinión de que en esto —y lo digo con temor de no estar yo en lo cierto— era necesaria prueba más firme. (Tal vez si se hubieran omitido estos dos capítulos, el tercero y el cuarto, habría perdido la obra, y nosotros, dos buenos estudios sobre personajes muy destacados de la época de los Reyes Católicos y sobre lo extendido del judaísmo en la época; pero el estudio de Álvarez Gato puede que hubiese ganado en unidad y en lo que se designa en buen español con la frase de “ir al grano”).

V. *La formación literaria de Juan Álvarez Gato* es un gran esfuerzo de reconstrucción, si no de construcción, tanto más de admirar y de elogiar cuanto que faltan en absoluto los datos directos. Márquez Villanueva hace hincapié en la amistad y probable parentesco de Álvarez Gato con fray Hernando de Talavera; estudia alusiones del poeta a otros anteriores o contemporáneos y a contactos amistosos ciertos; recoge algunas referencias bíblicas y algunas alusiones a pasajes de la literatura clásica para extraer conclusiones sobre el posible conocimiento que debió tener el poeta de los autores clásicos. Ni lo primero ni lo segundo autoriza conclusiones incontrovertibles sobre una familiaridad especial con las Escrituras o con la cultura clásica, pues en ningún caso muestra Álvarez Gato conocimientos superiores a los de otros poetas de su generación. Se trata de textos que todos tenían a su alcance en sumarios y traducciones que andaban en muchas manos y especialmente en las de predicadores contemporáneos. En cuanto a la familiaridad del poeta madrileño con escritores coetáneos suyos, la deduce el autor de las diversas referencias que se encuentran aquí y allá a través de su obra a escritores españoles que le precedieron o que consta vivían aún en ese tiempo.

VI y VII. Márquez Villanueva dedica dos largos capítulos al análisis y crítica literaria de la obra de Álvarez Gato, en verso y en prosa. En lo que se refiere a fuentes, a la investigación y a la técnica del análisis, el

estudio es impecable; el autor logra aciertos indiscutibles y llega a conclusiones que difícilmente se podrán dejar de tener en cuenta no sólo en estudios futuros sobre Álvarez Gato, sino en el estudio de la estética literaria del siglo xv. Esta característica alcanza su máxima expresión en el esfuerzo que hace, logrado en mi opinión, para seguir a paso, y aquí podría decir que verso a verso, la evolución de la mente del poeta en la concepción y construcción de sus composiciones y en el desarrollo de sus ideas. Esta parte, así como la crítica estético-literaria, aunque tal vez un poco hiperextensa (lo que casi dobla el volumen del libro), es de un valor indiscutible.

Márquez Villanueva elogia aquí, muchísimo más de lo que merece, mi edición de 1928, de la que dice (p. 202) que “no merece el título de edición crítica que tiene en su portada”. (Ya he aclarado yo que en la portada no aparece semejante título).

La teoría nueva y a mi parecer bastante fundada —aunque, como era inevitable, no suficientemente probada— de supuestos amores de Álvarez Gato con la reina doña Juana (en ningún momento se sugiere que fueran más allá de amores platónicos y distantes) es de lo más sugestivo, y Márquez Villanueva ahonda en el problema hasta donde lo permite el estado de los datos que poseemos (y no es probable que jamás tengamos más en el futuro).

Después del erudito razonamiento del autor, hay razón para convenir con él en que la clasificación que yo hice de los poemas de Álvarez Gato, morales y políticos, es muy estrecha. Él ha descubierto nuevas facetas en la obra poética, y da con resultados que me obligarían hoy a cambiar de opinión.

Un comentario especial merecen dos notables aciertos en esta parte del libro. El uno es el estudio e identificación de los refranes usados o parafraseados por el poeta (pp. 257 ss.), lo que da más peso a la tesis sostenida por Ruffini (*Observaciones filológicas sobre la lengua poética de Álvarez Gato*) acerca de la tendencia mostrada por Álvarez Gato al empleo del habla popular, en lo que se encuentra solo en el siglo xv por cierto. El otro, el intento logrado en gran parte de fechar muchas de las poesías, lo que nos permite mirar un poco más adentro en la vida del poeta y en sus actividades en la corte.

En resumen: el estudio, bastante extenso y cuidadoso, de la biografía de Álvarez Gato es de indiscutible mérito en el libro de Márquez Villanueva, incluso si se me admite que el empeño de hacerlo judío converso la ensombrece hasta cierto punto. El capítulo sobre conversos en general, así como el que dedica a fray Hernando de Talavera, pudieron haber sido objeto de libro aparte, sin que nada hubiera perdido por ello el libro.

Márquez Villanueva ha dado con poesías de Álvarez Gato que yo no tuve a mano, así como con gran número de documentos que aclaran puntos importantes de su vida o explican alusiones contenidas en las poesías.

JENARO ARTILES